

el profeta Isaías: *Ubi est doctor parvulorum?* (33, 18), se puede responder: Aquí está.

71 En vista, pues, de estos y otros ejemplos que yo sé y aquí omito, me sentía poderosamente incitado en la misma inclinación que siempre he tenido de catequizar a los Niños y Niñas, y siempre he practicado, ya cuando era estudiante, ya cuando sacerdote, siendo teniente cura, después ecónomo, cuando misionero y aun después siendo arzobispo.

72 Por el amor que tenía a los Niños y por lo mismo que deseaba que se instruyeran en la Doctrina cristiana, he escrito cuatro catecismos: uno para los párvulos, desde que hablan hasta los siete años; otro para los rústicos, otro de más extenso y otro explicado, con estampas.

73 El método que he practicado y que la experiencia me ha enseñado ser el mejor lo he consignado en el segundo tomo de la obrita titulada, *El Colegial o Seminarista instruido*, Sección V, c.IV.

VII

Del Catecismo de los mayores

Tercer medio de que me valía para hacer fruto

74 El Catecismo a los mayores es el medio que he conocido hacía más fruto. Con él se les sacaba de la ignorancia, que es mayor de lo que se puede figurar aun entre aquellas personas que oyen sermones con frecuencia, porque los predicadores suponen el auditorio instruido, y cabalmente esta instrucción es la que falta por lo común entre los Católicos. Y además se les instruye en sus respectivas obligaciones y en el modo de cumplirlas.

75 Esta instrucción la hacía todos los días, menos el día primero, que era de otro asunto, en el exordio del sermón, antes del Ave María; como iba solo, yo lo había de hacer todo. Este exordio duraba veinte minutos, y la materia era siempre de los Mandamientos de la Ley de Dios, que explicaba más larga o brevemente, según los días que duraba la función o misión. Al efecto, llevaba en mi vademécum los mandamientos explicados, y además unas hojas sueltas en cada mandamiento con especies análogas a aquel mandamiento, que usa-

ba de ellas según eran los días que había de predicar en aquella población, y también según las costumbres o vicios que había de reprehender y virtudes que había de plantar o fomentar, que para el acierto me enteraba antes, y por lo que me decían y por lo que yo mismo conocía, iba aplicando los remedios.

76 No obstante estos conocimientos, no abordaba desde luego aquellos vicios predominantes; al contrario, los aguardaba por más allá. Esperaba estar bien dueño del auditorio, y entonces, aunque les dijera sus vicios, sus idolillos, no se ofendían, antes bien se arrepentían. Porque había observado que al principio venían muchos movidos por la novedad y prevenidos para ver de qué hablaba, y, si oían reprender sus queridos vicios, era tocarles al vivo la matadura, e, irritados, se alborotaban, no volvían más, y estaban echando pestes contra el misionero, la misión y los que iban a oírla.

77 Así decía que en estos calamitosos tiempos el Misionero se había de portar como el que cuece caracoles, que les pone a cocer en la olla con agua fresca, que con la frescura del agua se extiende fuera de la cáscara, y como el agua se va calentando imperceptiblemente hasta hervir, quedan así muertos y cocidos;

pero si algún imprudente los echara en la olla hirviendo el agua, se meterían tan dentro de la cáscara, que nadie les podría sacar. Así, pues, me portaba con los pecadores de toda clase de vicios y errores, blasfemias e impiedades. En los primeros días presentaba la virtud y la verdad con los colores más vivos y halagüeños, sin decir una palabra contra los vicios y viciosos. De aquí es que, al ver que eran tratados con toda indulgencia y benignidad, venían una y más veces, y después se les hablaba con más claridad, y todos lo tomaban a bien y se convertían y se confesaban. Hallé muchísimos que habían ido a la misión sólo por curiosidad, otros por malicia, para ver si me podían coger en alguna expresión, y se convertían y confesaban bien.

78 Como empecé las misiones el año 1840, en que nos hallábamos en guerra civil entre Realistas y Constitucionales, andaba con sumo cuidado en no decir alguna palabra de política a favor o en contra de alguno de los dos partidos, y como yo predicaba en poblaciones de todos los partidos, debía andar con sumo cuidado, pues, como he dicho, algunos venían a oírme para cogerme alguna expresión, como se dice de Jesús, nuestro divino Reden-

tor: *Ut caperent in sermonee*; pero gracias a Dios, nunca me pudieron coger.

79 En aquellos tiempos tan calamitosos, no sólo tenía que proceder con esa cautela, sino que además no se podía dar a la función nombre de misión, sino de Novena de ánimas, de la Virgen del Rosario, del Smo. Sacramento, de tal Santo, para no alarmar a los constitucionales, que tenían la autoridad y gobernaban en aquellas ciudades y pueblos en que predicaba. Y si la población era grande y no había bastante con nueve días, se alargaba la función hasta los días suficientes; por lo que era preciso el primer día tratar del asunto principal de la función; el segundo día ya ponía punto doctrinal, así los demás días; el tercer día hacía una breve recopilación de la doctrina que había tratado el día antes, diciendo, por ejemplo:

80 Ayer os expliqué esto y esto..., resumiendo así los puntos principales por tres razones: 1.^a Porque así, oyendo otra vez lo mismo, aunque brevemente, se les imprimía mejor, pues, como dice San Ligorio, los rústicos tienen la cabeza como de madera dura, y para que se les impriman bien las cosas es menester dar muchos golpes de repetición. 2.^a Porque si algunos no estaban el día antes por ha-

berse quedado a guardar las casas, criaturas, etc., etc., lo oían y sabían de qué se había hablado, y así entendían mejor la doctrina del día que estaba en seguida del día anterior, y además, si los que el día antes habían contado mal lo que habían oído al llegar a casa, así lo podían rectificar, pues que no pocos entienden las cosas muy mal y las refieren peor, y en cosas de doctrina conviene mucho que lo entiendan con exactitud. 3.^a Porque así sirve este resumen de exordio para la materia del día y es más fácil al predicador y más provechoso al auditorio, que no buscar una idea general y propia para el exordio.

VIII

De los sermones

Cuarto medio

81. Los Puntos doctrinales sirven para instruir y los sermones para mover. Estos sermones se han de escoger según el auditorio. Hay unos que San Ligorio llama necesarios, como son los Novísimos, y otros arbitrarios.

82 Yo regularmente los distribuía así:

El 1.º era de Animas, de María Santísima, etc., según el objeto de la función.

2.º La importancia de la Salvación.

3.º La gravedad del pecado mortal.

4.º La Necesidad de la Confesión y el modo de hacer la confesión general.

5.º La Muerte.

6.º Juicio.

7.º Infierno.

8.º Eternidad.

9.º Gloria.

10.º Perseverancia.

83 Si la función se alargaba, añadía o intercalaba algunos otros; v.gr.: el Hijo pródigo o Misericordia de Dios, la impenitencia final, el Juicio universal, la muerte del Justo, la conversión de San Agustín, el Escándalo, la conversión de la Magdalena, los daños que el pecado causa al mismo pecador, el pecado venial, la ocasión próxima, la devoción del Rosario, la oración mental, la limosna, la Pasión de N. S. Jesucristo, los Dolores de María Sma., etc., etc.

84 El estilo que me propuse desde el principio fue el del santo Evangelio: *sencillez y claridad*. Para esto me valía de comparaciones, semejanzas, ejemplos históricos y verda-

deros; los más eran tomados de la santa Escritura. Había observado que una de las cosas que más llamaba la atención de todos, sabios e ignorantes, creyentes o incrédulos, eran las comparaciones de cosas naturales.

85 Me acuerdo que el año 1841 predicaba un Septiembre de Dolores de la Santísima Virgen en una población de gente muy mala, y en medio del sermón dije una verdad muy trascendental, que probé con una autoridad de la santa Escritura. El auditorio guardaba un silencio sepulcral, y de aquel silencio salió una voz que dijo un hombre impío: *Quina garrofa que hi clavas!* (1). Yo, como si tal cosa no hubiera oído, dije: *Para que se vea más clara esta importantísima verdad, me valdré de una comparación.* La expliqué, y aquel mismo dijo en alta voz: *Tens rahó* (2), y al día siguiente vino a confesarse e hizo una buena confesión general.

86 Este y muchísimos otros casos que podría referir me confirmaron en la utilidad de las comparaciones naturales. Y en este particular, Dios N. S. me ha favorecido de tal ma-

(1) Expresión catalana que equivale a “¡Vaya bola que nos metes!”.

(2) “Tienes razón”.

nera, que no trato materia alguna que no me ocurra una comparación natural y sin premeditar nada, y, no obstante, tan oportunas siempre como si de mucho tiempo antes las trajera estudiadas. ¡Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con ese don, que es vuestro y no mío, pues conozco que de mí ni una palabra puedo decir, ni un pensamiento bueno puedo tener! Todo sea para vuestra gloria.

87 He tenido mucho afán en leer autores predicables, singularmente de materias de Misiones. He leído San Juan Crisóstomo, San Ligorio, Siniscalqui, Barcia y San Juan de Avila. De éste he leído y he notado que predicaba con tanta claridad, que lo entendían todos y nunca se cansaban de oírle, siendo así que sus sermones duraban a veces dos horas. Y era tanta la afluencia y multitud de especies que le ocurrían, que le era muy dificultoso ocupar menos tiempo.

88 Ni de día ni de noche pensaba en otra cosa más que en extender la gloria de Dios con la reformación de las costumbres y conversión de los pecadores. Su principal fin a que dirigía su predicación era sacar las almas del infeliz estado de la culpa, manifestando la fealdad del pecado, la indignación de Dios y el horrendo

castigo que tenía preparado contra los pecadores impenitentes, y el premio ofrecido a los verdaderos contritos y arrepentidos, concediéndole el Señor tanta eficacia a sus palabras, que dice el Venerable Luis de Granada: «Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no reparan en ofender a Dios N. S., alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite, coeli, super hoc*, y es verdad cierta que lo dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía que hacía temblar las paredes de la Iglesia».

89 El tiempo en que predicaba en Granada el Sto. Avila, predicaba también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y cuando salían las gentes del sermón de éste, todos iban haciéndose cruces de espanto de tantas ly tan lindas cosas dichas con tanta elocuencia. Mas cuando salían de oír al Sto. Avila iban todos con las cabezas bajas, callando, sin decirse una palabra unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la verdad y de la virtud y excelencia del Predicador. Con una razón que decía y un grito que daba, conmovía y abrasaba los corazones y entrañas de los oyentes.

90 He querido traer aquí lo que decía ese Sto. Padre porque su estilo es el que más

se me ha adaptado y el que he conocido que más felices resultados daba. ¡Gloria sea a Dios N. Sr., que me ha hecho conocer los escritos y obras de ese grande Maestro de predicadores y padre de buenos y celosísimos sacerdotes!

91 Cuando iba a una población, no sólo predicaba cada día los sermones de la función, sino que además predicaba un sermón a los Sacerdotes aparte (a no ser que hiciesen ejercicios, que entonces les predicaba mañana y tarde cada día). También predicaba en todos los conventos de Monjas, a las Hermanas de la Caridad, a las Terciarias, a los Señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a las Señoras, a los presos, a los Niños y Niñas, a los enfermos. En una palabra, nunca dejaba ningún establecimiento de Piedad o Beneficiencia que no visitase y predicase. Y todo el demás tiempo lo empleaba en el confesonario, en que estaba mañana y tarde oyendo confesiones generales.

92 ¡Bendito seáis, Dios mío, por haberme dado salud y robustez y demás para sostener tan grande y continuo trabajo! Conozco muy bien que sin un auxilió especial del cielo era imposible soportar tan ímprobo y prolongado trabajo desde el año de 1840 al año 1847,

que fui a las Islas Canarias en compañía del Ilmo. S. Obispo D. Buenaventura Codina, hombre muy virtuoso y celoso.

Además de las Misiones daba ejercicios al Clero, a las Monjas, a los Estudiantes, a los seglares, a los Niños y Niñas de primera Comunión.

IX

De los Ejercicios de San Ignacio

Quinto medio

93 Ya he dicho en otro lugar que desde que era estudiante hice cada año los ejercicios espirituales. En Roma, por primera vez, hice los ejercicios espirituales por los escritos de San Ignacio, una vez solo, al llegar a aquella ciudad, y otra vez en la Compañía, antes de salir por enfermo. Los mismos Padres me los dieron; son los que más impresión me hicieron.

94 Cuando tuve que salir por enfermo, me dieron un ejemplar de dichos Ejercicios de San Ignacio, explicados por el Padre Diertins, y con ellos después yo los daba siempre. El

venerable Clero de Vich me pidió el libro para hacerlo reimprimir, y lo hizo el impresor Trullas.

95 Los Ejercicios de San Ignacio son un medio muy poderoso de que me he valido para la conversión de los Sacerdotes, que es por cierto la empresa más difícil; sin embargo, siempre he visto felicísimos resultados de muchísimos Sacerdotes que se han convertido de veras, y no pocos han salido muy celosos y fervorosos predicadores. Los he dado al Venerable Clero de Vich, Barcelona, Tarragona, Gerona, Solsona, Canarias, Mataró, Manresa, Poblá-Bagá, Ripoll, Campdevánol, San Llorens deis Piteus, etc., etc.

96 A los seglares también he dado varias veces, separados los hombres de las mujeres, y en distintas tandas, y he observado que producen un fruto más sólido y duradero que las misiones. Al efecto, di a luz un libro con el título de *Ejercicios de San Ignacio*, explicados por mí, que han gustado mucho y han producido y están produciendo maravillosos efectos, por manera que, haciéndolos bien, los pecadores se convierten y los justos se conservan en gracia y se perfeccionan en ella. Sea todo a mayor gloria de Dios. Debo advertir que

por este libro S.M. la Reina cada año hace los ejercicios y aconseja a las camaristas que los hagan también por dicho libro.

X

De los libros y hojas sueltas

Sexto medio

97 Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella. Por medio de la imprenta se dan a luz tantos libros buenos y hojas sueltas, que es para alabar a Dios. No todos quieren o no pueden oír la divina palabra, pero todos pueden leer u oír leer un buen libro. No todos pueden ir a la Iglesia para oír la divina palabra, pero el libro irá a su casa. El predicador no siempre podrá estar predicando, pero el libro siempre está diciéndolo mismo, nunca se cansa, siempre está dispuesto a repetir lo mismo; que en él lean poco o mucho, que lean y lo dejen una y mil veces, no se ofende por esto; siempre lo encuentran lo mismo, siempre se acomoda a la voluntad del lector.

98 Siempre la lectura de libros buenos se ha considerado como una cosa de grande utilidad; pero en el día se considera de suma necesidad. Digo que en el día es una necesidad, porque hay un delirio para leer, y si la gente no tiene libros buenos, leerá malos. Son los libros la comida del alma, y a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá y si la comida es ponzoñosa le perjudicará, así es la lectura, la que, si es de libros, buenos, y oportunos a la persona y a las circunstancias propias, le nutrirá y aprovechará mucho, pero si es de libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos y demás escritos perniciosos, corromperán las creencias y pervertirán las costumbres. Empezando por extraviar el entendimiento, luego a corromper el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males, como dice Jesucristo; hasta llegan a negar la primera verdad, que es Dios y origen de todo lo verdadero: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

99 En el día, pues, hay una doble necesidad de hacer circular libros buenos; pero estos libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa y la llaman por todas partes y de mil maneras, y como la *concupiscentia*

oculorum et aurium ha crecido hasta lo súmmum, todo lo quiere ver y oír, y además ha de viajar; así es que, si es un libro voluminoso, no será leído, únicamente servirá para cargar los estantes de las librerías y bibliotecas. De aquí, es que, convencido de esta importantísima verdad, he dado a luz, ayudado de la gracia de Dios, tantos libritos y hojas sueltas.

100 El primer librito que di a luz fue el que contiene unos consejos o avisos espirituales que había escrito para las Monjas de Vich, a quienes acababa de dar ejercicios espirituales y para que recordaran mejor lo que les había predicado pensé dejarles por escrito dichos documentos. Antes de entregárselo para que lo copiara cada una de ellas, lo enseñé a mi querido amigo el Dr. D. Jaime Passarell, Canónigo penitenciario de aquella catedral, y él me dijo que los hiciera imprimir, y así evitaría a las monjas este trabajo de copiarlo y utilizaría a ellas y a otras más. Y yo, condescendiendo a un Señor que tanto respetaba y amaba por su saber y virtud, condescendí y se imprimió. Así tuvo principio el primer libro que di á luz.

101 Viendo el buen resultado que daba el primer libro, determiné escribir el segundo,

que fue el de *Avisos a las Doncellas*. Después escribí el de los *Padres de familia*, el de los *Niños*, el de los *Jóvenes* y los demás, como se puede ver en el Catálogo.

102 Como iba misionado, tocaba las necesidades, y según lo que veía y oía escribía el librito o la hoja suelta. Si en la población observaba que había la costumbre de cantar cánticos deshonestos, daba luego a luz una hoja suelta de un cántico espiritual o moral. Por esto, las primeras hojas que di a luz casi todas eran de cánticos.

103 También desde un principio di a luz una hoja que contenía unas recetas para curar la blasfemia, que en aquellos días en que empecé a predicar era cosa horrorosa la multitud y gravedad de blasfemias que se oían por todas partes, parecía que todos los demonios del infierno se habían diseminado por la tierra a fin de hacer blasfemar a los hombres

104 Igualmente, la impureza había traspasado sus diques, y por esto me resolví a escribir estas dos recetas, y como para todos los males es remedio muy poderoso la devoción a María Sma., escribí al principio de dicha hoja aquella oración que empieza: *¡Oh Virgen y Madre de Dios!*, etc., que se halla en casi to-

dos los libros y hojas. Estas dos palabras, Virgen y Madre, las puse porque me acordaba al escribirlas que, cuando era estudiante, en un verano leí la vida de San Felipe Neri escrita por el P. Conciencia, en dos tomos en 4.º, que decía que el Santo gustaba mucho de que se juntasen siempre estas dos palabras, Virgen y Madre de Dios, y que con ellas se honra mucho y se obliga a María Santísima. Las demás palabras son una consagración que se hace a la Señora.

105 Tocando por mí mismo los felices resultados que esta hoja estaba produciendo, me resolví a escribir otras según las necesidades que observaba en la sociedad, y daba dichas hojas con toda profusión no sólo a los grandes, sino también á Niños y Niñas que se me acercaban para besarme la mano y me pedían una estampa, como acostumbran, y yo procuraba llevar siempre bien provistos los bolsillos. Sólo quiero consignar aquí un caso para la mayor gloria de Dios de los muchos que pudiera referir, y es el siguiente:

106 Una tarde pasaba por la calle de una de las ciudades mas grandes de España. Se me acerco un Niño a besarme la mano, y me pidió una estampa y se la di. Al día siguiente fui muy

temprano a celebrar la Misa en la Iglesia que acostumbraba a ponerme luego en el confesionario, porque siempre tenía mucha gente que me esperaba. Al concluir la misa me hincé en el presbiterio para dar gracias. Al cabo de un rato se me acercó un hombre alto, gordo, con largos bigotes y poblada barba, con la capa que tenía tan ajustada en las manos, que no se le veía más que la nariz y la frente; los ojos tenía cerrados y lo demás de la cara estaba cubierto del pelo de las patillas, bigotes y barba, y además con el cuello de la capa, que también era peludo y alto; y con una voz trémula y ronca me dice si le haré el favor de oírle en confesión. Le contesté que sí, que entrase en la sacristía, que luego iba en acabando de dar gracias. Si bien en el confesonario ya había otros hombres y mujeres que esperaban para lo mismo, pero creí que a éste le debía oír separadamente de los demás, porque su aspecto me reveló que así convenía, y en efecto fue así. Entré en la sacristía, en que no había nadie sino aquel Señor, y aun le conduje a un lugar más retirado.

107 Yo me senté, él se hincó y empieza a llorar tan sin consuelo, que no sabía qué más decirle para acallarle. Le hice varias pre-

guntas para saber la causa, y finalmente, entre lágrimas, suspiros y sollozos, me contestó: *Padre, V. ayer tarde pasó por mi calle, y, al pasar frente a la puerta de la casa en que yo estoy, salió un Niño a besarle la mano, le pidió una estampa y V. se la dio. El Niño vino muy contento, y, después de haberla tenido un rato, la dejó encima de la mesa y se fue a la calle con otros niños a jugar. Yo quedé solo en casa, y, picaodo de la curiosidad y para pasar el tiempo, cogí la estampa y, la leí; pero ¡ay Padre mío!, yo no puedo explicar lo que sentí en aquél momento; cada palabra era para mí un dardo que sé clavaba en mí corazón; resolví confesarme y pensé: ya que Dios se ha valido de él para hcerte entrar en verdadero conocimiento, con él irás a confesarte. Toda la noche la he pasado llorando y examinando mi conciencia, y ahora me tiene aquí para confesarme. Padre, soy un grande pecador, tengo cincuenta años, y desde niño que no me he confesado y he sido comandante de gente muy mala. Padre, ¿habrá perdón para mí? – Sí, señor, sí; ánimo, confianza en la bondad y misericordia de Dios El buen Dios le ha llamado para salvarle, y V. ha hecho muy bien en no endurecer su corazón y en poner*

luego por obra la resolución de hacer una buena confesión. — Se confesó, le absolví y quedó muy contento y tan alegre, que no acertaba a expresarse.

108 Pues bien; aunque las hojas sueltas y estampas no hubiesen producido otra conversión que ésta, ya me tendría por bien empleado y satisfecho el trabajo y cuanto, se ha gastado en impresiones; pero no ha sido este solo caso [el] de los que se han convertido por la lectura de las estampas que he dado a luz.

109 En Villafranca del Penedés se convirtieron cuatro reos que estaban en capilla tres días había y no se habían querido confesar, y con la lectura de la estampa que di a cada uno entraron en reflexión y se confesaron, recibieron el Santísimo Viático y tuvieron una edificante muerte. Son muchos y muchísimos los que se han convertido por la lectura de una estampa. ¡Oh Dios mío! ¡Qué bueno sois! De todo sacáis partido para derramar, vuestras misericordias sobre los pobres pecadores. Bendito seáis para siempre. Amén.

XI

De la continuación de la misma materia (libros y hojas sueltas) y de las conversaciones familiares. De las medallas, Rosarios y escapularios

Séptimo medio

110 Gracias sean dadas a Dios, todos los libritos han producido felices resultados, pero de quienes he hallado más almas convertidas han sido *El Camino recto* y *El catecismo explicado*. De la lectura de estos dos libros encuentro muchísimas conversiones y aun en esta corte no pasa día que no se me presenten almas determinadas a mudar de vida por haber leído ese libro. Todos lo buscan y no reposan hasta haberse hecho con él; todos sin distinción de clases lo desean tener, y este deseo general me ha obligado a hacer una impresión de lujo para la gente de categoría superior, y se lo han procurado la Reina, el Rey, la Infanta, Damas de Palacio, Gentiles hombres y toda la nobleza. Se puede decir que en la clase alta no hay casa alguna o palacio en que no se halle, uno o más ejemplares de *El Camino recto* de lujo, y en las demás clases de los otros más sencillo.

111 Cómo yo he escrito tantos y tan diversos libros, yo no lo sé. Vos lo sabéis, Dios mío; digo mal, sí lo sé. No soy yo quien ha escrito; sois Vos, sí. Vos sois, Dios mío, que os habéis valido de este miserable instrumento para esto, pues no tenía saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionabais todo. ¡Bendito seáis, Dios mío!

112 El fin que me proponía era la mayor gloria de Dios, la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Por esto escribí en forma de Avisos para todos los estados de la sociedad; pero los dos que más me llevaron tras sí el corazón fueron los Niños y Niñas. Por esto di a luz cuatro catecismos, como ya he dicho, y además he escrito para ellos libritos y hojas sueltas.

113 La otra clase que más me llamaba la atención era la clerical. ¡Oh si todos los que siguen la carrera eclesiástica fueran hombres de verdadera vocación, de virtud y de aplicación al estudio! ¡Oh qué buenos sacerdotes serían todos! ¡Qué de almas se convertirían! Por esto he dado a luz aquella obrita en dos tomos que se llama *El Colegial o el Seminarista instruido*, obra que ha gustado a cuantos la han leído. Todo sea a su mayor honor y gloria.

114 Y como somos criados para conocer, amar, servir y alabar a Dios, he pensado que para llenar un clérigo todos sus deberes necesitaba saber de *canto eclesiástico*, y al efecto he escrito y dado a luz un cuaderno en que con la mayor brevedad y facilidad se enseña el modo de cantar y alabar a Dios.

115 En todos los libros que se han publicado no se ha buscado el interés, sino la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Nunca he cobrado un maravedí como propiedad de lo que he mandado imprimir, al contrario, he dado gratuitamente millares de millares de ejemplares, y aun en el día estoy dando, y, Dios mediante, daré hasta la muerte, si puedo, pues que he considerado que era ésta la mejor limosna que en el día puede hacerse.

116 A fin de poder dar y vender a la mayor baratura posible, pensé poner una *Imprenta Religiosa* bajo la protección de María Santísima de Montserrat, como patrona que es de Cataluña, y del glorioso San Miguel. Comuniqué este pensamiento al Señor Caixal y al Señor Palau, entonces Canónigos de Tarragona y en el día obispos, el uno de la Seo de Urgel y el otro de Barcelona, que en el día aún cuidan de ella bajo la dirección inmediata de un Administrador.

117 Lo que ha hecho y está haciendo la *Librería Religiosa*, no hay más que visitar el establecimiento o imprenta y además leer el Catálogo de lo que ha impreso; y aun ni así se pueden bien conocer, porque aquellas obras que es allí consignadas llevan algunas de ellas muchas reimpressiones. Hay alguna que llega a la impresión, y las tiradas son de muchos miles cada una.

118 Por medio de la *Librería Religiosa* los eclesiásticos y seculares se han provisto y se están proveyendo de libros buenos, los mejores que se sabe, y al más ínfimo precio, por manera que en ninguna imprenta de España se dan los libros con la baratura que los da la *Librería Religiosa*, ni tan correctos, ni en tan buenos tipos y papel, atendida la baratura. ¡Oh cuántas gracias debería dar a Dios por haberme inspirado tan grandioso y provechoso pensamiento!

119 Ahora que trato de libros, también diré el refuerzo que le ha venido a la *Librería Religiosa* con la *Academia San Miguel*, aprobada por el Sumo Pontífice Beato Pío IX y por el Gobierno de S. M. con Real Cédula, siendo SS. MM. los primeros de los Coros. Tiene una Junta directiva en Madrid, que se reúne todos

los Domingos; se ocupa de cumplir lo dispuesto por el Reglamento. Tiene muchísimos coros en Madrid y en las poblaciones principales de España y es incalculable el bien que se hace.

120 Siempre los libros buenos y hojas sueltas producen su buen efecto, pero lo producen muy copioso cuando se dan en las misiones. Entonces ayudan a la predicación y confirman lo que han oído de viva voz y hacen que el fruto sea más perseverante. Yo por esto en las misiones y predicaciones los doy con grande abundancia.

121 Otro de los medios que hace mucho bien es el tener conversaciones familiares. ¡Oh qué bien tan grande producen! Entre los primeros Padres de la Compañía había un hermano lego que iba a la compra todos los días, y era tan feliz en las conversaciones con las gentes que había de tratar, que había convertido más almas que ningún misionero. Esto lo había leído yo cuando era aún estudiante, y me gustó tanto, que siempre que podía lo ponía por obra, según las circunstancias que se presentaban.

122 Si se hablaba de la muerte o se oían tocar las campanas, se me ofrecía oportunidad de hablar de la fragilidad e inconstancia de

nuestro ser, cómo hemos de morir la cuenta que hemos de rendir a Dios. Si había alguna tempestad de rayos y truenos, me hacía pensar en el juicio y hablar de aquel día grande. Si se estaba al lado del fuego, hablaba del fuego del infierno. Una vez hablaba con un Cura párroco al lado del fuego en su cocina, y de la conversación que tuve con él como por pasatiempo se movió tanto, que al día siguiente hizo conmigo una confesión general de cosas que nunca se había atrevido a confesar, y con aquella conversación se conmovió y se arrepintió muy de veras.

123 Cuando iba de viaje, con las gentes que se juntaban conmigo hablaba según la oportunidad que se presentaba. Si veía flores, les llamaba la atención y les decía que así como las plantas producían flores tan hermosas y olorosas, nosotros habíamos de producir virtudes; verbigracia, la rosa nos enseña la caridad, la azucena la pureza la violeta la humildad, y así las demás. Hemos de ser como dice el Apóstol, *bonus odor sumus Christi Dei in omni loco*. Al ver algún árbol con fruta, les hablaba cómo nosotros hemos de dar fruto de buenas obras, o, sino, seríamos como aquellas dos higueras de que nos habla

el Evangelio. Al pasar cerca de un río les hablaba cómo el agua nos enseña a pensar que andamos a la eternidad. Al oír el canto de los pájaros, una música, etc., les hablaba del cántico eterno y nuevo del cielo; y así de lo demás. Con estas conversaciones familiares había observado que se hacía muchísimo bien, porque les pasaba lo que a aquellos dos que iban a Emaús; y además se evitan conversaciones inútiles y quizá murmuraciones.

124 También es medio muy poderoso de que me valía para hacer el bien el dar Rosarios y enseñarles el modo de rezarle, el dar medallas y decirles cómo las han de llevar y cómo las -han de besar mañana y noche. También dar escapularios y decirles qué significan y cómo los han de llevar.

125 Igualmente es muy poderoso para excitar la piedad tener facultades para bendecir imágenes, medallas, rosarios y escapularios: Así ellos se los procuran y los traen en el día señalado para la bendición que hacía desde el púlpito. Esto los entusiasma, los enfervoriza y les da un piadoso recuerdo de la misión y de lo que se ha dicho y practicado en ella.

126 También he escrito un librito en que trato del origen del Escapulario azul celeste,

las gracias e indulgencias que se ganan, y muchísimas personas lo han recibido en esta corte de Madrid; y singularmente la Reina, el Rey, el Príncipe y las dos infantas, todas las azafatas y camaristas .

XII

De las virtudes que conocí había de tener para hacer fruto

La primera virtud que procuré: La humildad

127 Hasta aquí he hablado de los medios más comunes de que me valía para hacer fruto. Ahora trataré de las virtudes que he conocido ha de tener un Misionero para hacer fruto.

Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruido en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus et disciplina instructus debet esse orator*. Yo digo que el misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes. Ha de ser la misma virtud personificada. A imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Coepit facere et docere*. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: *Imitadme a mí, así como*

yo imito a Cristo. Imitadores mei estote, sicut et ego Christi.

128 Para adquirir las virtudes necesarias que había de tener para ser un verdadero Misionero apostólico conocí que había de empezar por la humildad, que consideraba como el fundamento de todas las virtudes. Desde que pasé al Seminario de Vich para estudiar filosofía, empecé el examen particular de esta virtud de la humildad, que bien lo necesitaba, pues que en Barcelona, con los dibujos, máquinas y demás tonterías, se me había llenado la cabeza de vanidad, y cuando oía que me alababan, mi corazón contaminado se complacía en aquellos elogios que me tributaban. ¡Ay Dios mío, perdonadme, que ya me arrepiento de veras! Al recordar mi vanidad, me hace derramar muchas y amargas lágrimas; pero Vos, Dios mío, me humillasteis y así no puedo menos que daros gracias por ello y decir con el profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me*. Vos, Señor, me humillasteis, y yo también me humillaba ayudado con vuestro auxilio.

129 En un principio que estaba en Vich pasaba en mí lo que en un taller de cerrajero, que el Director mete la barra de hierro en la fragua y cuando está bien caldeado lo saca y

le pone sobre el yunque y empieza a descargar golpes con el martillo; el ayudante hace lo mismo, y los dos van alternando y como a compás van descargando martillazos y van machacando hasta que toma la forma que se ha propuesto el director. Vos, Señor mío y Maestro mío, pusisteis mi corazón en la fragua de los santos Ejercicios espirituales y frecuencia de Sacramentos, y así, caldeado mi corazón en el fuego del amor a Vos y a María Sma., empezasteis a dar golpes de humillaciones, y yo también daba los míos con el examen particular que hacía de esta virtud, para mí tan necesaria.

130 Con mucha frecuencia repetía aquella petición de San Agustín: *Noverim te, noverim me*, y aquella otra de San Francisco de Asís: *¿Quién sois Vos? ¿Quién soy yo?*. Y como si el Señor me dijese: *Yo soy el que soy* y tú eres el que no eres; tú eres nada y menos que nada, pues que la nada no ha pecado, y tú sí.

131 Conocí clarísimamente que de mí nada tengo sino el pecado. Si algo soy, si algo tengo, todo lo he recibido de Dios. El ser físico no es mío es de Dios; El es mi Criador, es mi Conservador, es mi motor por el concurso físico. A la manera que un molino, que por más

bien que esté montado, si no tiene agua, no puede andar, así he conocido que soy yo en el ser físico y natural.

132 Lo mismo digo, y mucho más, en lo espiritual y sobrenatural. Conozco que no puedo invocar el nombre de Jesús ni tener un solo pensamiento bueno sin el auxilio de Dios, que sin Dios nada absolutamente puedo. ¡Ay cuántas distracciones tengo a pesar mío!

133 Conozco que en el orden de la gracia soy como un hombre que se puede echar en un profundo pozo, pero que por sí solo no puede salir. Así soy yo. Puedo pecar, pero no puedo salir del pecado sino por los auxilios de Dios y méritos de Jesucristo. Puedo condenarme, pero no puedo salvarme sino por la bondad y misericordia de Dios.

134 Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, en conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento, gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia de Dios, y prefiero estar en Dios que en mí mismo. No me suceda lo que a Luzbel, que conoció muy bien que todo su ser natural y sobrenatural estaba totalmente dependiente de Dios, y fue soberbio,

porque como el conocimiento era meramente especulativo, la voluntad estaba descontenta, y deseó llegar a la semejanza de Dios no por gracia, sino de su propia virtud.

135 Ya desde un principio conocí que el conocimiento es práctico cuando siento que de nada me he de gloriarse ni envanecer, porque de mí nada soy, nada tengo, nada valgo, nada puedo ni nada hago. Soy como la sierra en manos del aserrador.

136 Comprendí que de ningún desprecio me he de sentir, porque, siendo nada, nada merezco, y, puesto en ejercicio, lo ejecuto, pues ninguna prenda ni honra basta para engreírme, ni vituperio o deshonor para contristarme.

137 Yo conocía que el verdadero humilde debe ser como la piedra, que, aunque se vea levantada a lo más alto del edificio, siempre gravita hacia abajo. He leído muchos autores ascéticos que tratan de esta virtud de la humildad a fin de entender bien en qué consiste y los medios que señalan para conseguirla. Leía las vidas de los Santos que más se han distinguido en esta virtud para ver como la practicaban, pues yo deseaba alcanzarla.

138 Al efecto, me propuse el examen particular, escribí los propósitos sobre el particu-

lar y los ordené tal cual se hallan en aquel opúsculo o librito llamado *La Paloma*. Todos los días lo hice por el mediodía y por la noche y lo continué por quince años, y aún no soy humilde. A lo mejor observaba en mí algún retoño de vanidad, y al instante tenía que acudir a cortarlo ya sintiendo alguna complacencia cuando alguna cosa me salía bien, ya diciendo alguna palabra vana, que después tenía que llorar, arrepentirme y confesarme de ella, haciendo de ella penitencia.

139 Muy claramente conocía que Dios N.S. me quería humilde y me ayudaba mucho para ello, pues me daba motivos de humillarme. En aquellos primeros años de misiones me veía muy perseguido por todas partes en común, y esto, a la verdad, es muy humillante. Me levantaban las más feas calumnias, decían que había robado un burro, qué se yo qué farsas contaban. Al empezar la misión o función en las poblaciones, hasta la mitad de los días eran farsas, mentiras, calumnias de toda especie lo que decían de mí, por manera que me daba mucho que sentir y que ofrecer a Dios, y al propio tiempo materia para ejercitar la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la caridad y demás virtudes.

140 Esto duraba hasta media misión, y en todas las poblaciones pasaba lo mismo, pero de media misión hasta concluir cambiaba completamente. Entonces el diablo se valía del medio opuesto. Todos decían que era un santo, a fin de hacerme engreír y envanecer; pero Dios N. S. tenía buen cuidado de mí, y así en aquellos últimos días de la misión, en que acudía tanta gente a los sermones, a confesarse, a la comunión y a todo lo demás; en aquellos últimos días, en que se veía el fruto copiosísimo que se había reportado y se oían los elogios que de mí hacían todos, buenos y malos; en aquellos días, pues, el Señor me permitía una tristeza tan grande, que yo no puedo explicar sino diciendo que era la especial providencia de Dios, que me la permitía como un lastre, a fin de que el viento de la vanidad no me diera un vuelco.

141 ¡Bendito seáis!, ¡Dios mío que tanto cuidado habéis tenido de mí! ¡Ay cuántas veces habría perdido el fruto de mis trabajos si Vos no me hubieseis guardado! Yo, Señor, habría hecho como la gallina, que, después que ha puesto el huevo, cacarea, y van y se lo quitan y se queda sin él, y, aunque en un año ponga muchos, no tiene ninguno, porque ha caca-

reado y se los han llevado. ¡Ay, Dios mío! Si Vos no me hubieseis impuesto silencio, con las ganas que a veces sentía de hablar de los sermones, etc., habría cacareado como la gallina, y habría perdido todo el fruto y habría merecido castigo, porque Vos habéis dicho, Señor: *Gloram meam alteri non dabo*: y yo con el hablar la habría dado al demonio de la vanidad, y Vos me habríais castigado, y con justicia, Señor, por no haberlo referido a Vos, sino al diablo, vuestro capital enemigo. Con todo, Vos sabéis si alguna vez el diablo ha pellizcado algo, no obstante los poderosísimos auxilios que me dabais. ¡Misericordia, Señor!

142 A fin de no dejarme llevar de la vanidad, procuraba tener presentes los doce grados de la virtud de la humildad que dice San Benito y sigue y prueba Santo Tomás (2-2 q. 161 a. 1), y son los siguientes: El primero es manifestar humildad en lo interior y en lo exterior, que es en el corazón y en el cuerpo, llevando los ojos, sobre la tierra; por esto se llama *humi-litas*. El segundo es hablar pocas palabras, y éstas conforme a la razón y en voz baja. El tercero es no tener facilidad ni prontitud para la risa. El cuarto es callar hasta ser preguntado. El quinto es no apartarse en sus

obras regulares de lo que hacen los demás. El sexto es tenerse y reputarse por el más vil de todos y sinceramente decirlo así. El séptimo es considerarse indigno e inútil para todo. El octavo es conocer sus propios defectos y confesarlos igenuamente. El noveno es tener pronta obediencia en las cosas duras y mucha paciencia en las ásperas. El décimo es el obedecer y sujetarse a los Superiores. El undécimo es el no hacer cosa alguna por su propia voluntad. El duodécimo es el temer a Dios y tener siempre en la memoria su santa Ley.

143 Además de la doctrina que hay en estos doce grados, procuraba imitar a Jesús, que a mí y a todos nos dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.* Y así contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el Calvario. Meditaba sus palabras, sus sermones, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una a otra población... Con este ejemplo me animaba y siempre me decía: *¿Cómo se portaba Jesús en casos como éste?* Y procuraba imitarle, y así lo hacía con mucho gusto y alegría, pensando que imitaba a mi Padre, a mi Maestro y a mí Señor y que con esto le daba gusto.

¡Oh Dios mío, qué buen sois! Estas inspiraciones santas me dabais para que os imitara y fuera humilde. ¡Bendito seáis, Dios mío! ¡Oh si a otro le hubierais dado las gracias y auxilios que a mí, que otro sería de lo que soy yo!

XIII

La segunda virtud que procuré: la pobreza

144 Al ver que Dios N. S. sin ningún mérito mío, sino y únicamente por su beneplácito, me llamaba para hacer frente al torrente de corrupción y me escogía para curar de sus dolencias al cuerpo medio muerto y corrompido de la sociedad, pensé que me debía dedicar a estudiar y conocer bien las enfermedades de este cuerpo social. En efecto, lo hice, y hallé que todo lo que hay en el mundo es amor a las riquezas, amor a los honores y amor a los goces sensuales. Siempre el género humano ha tenido inclinación a esa triple concupiscencia; pero en el día, la sed de bienes materiales está secando el corazón y las entrañas de las sociedades modernas.

145 Veo que nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como

hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser ésta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios, hijos de Dios, redimidos con la sangre de Jesucristo y destinados para el cielo.

146 Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así como lo conocí, lo puse por obra. *Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba.* Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. Con un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más.

147 Dinero nunca llevaba, ni quería. Un día tuve una alarma. Me metí la mano en el zurrón del chaleco y me creí hallar una moneda. Me espanté, la saqué, la miré, y con grande consuelo vi que no era moneda, sino una medalla que mucho tiempo antes me habían

dado. Volví de la muerte a la vida. Tan grande era el horror que tenía al dinero.

148 No tenía dinero, pero tampoco lo necesitaba. No lo necesitaba para caballería, diligencia ni ferrocarril, porque siempre andaba a pie, siendo así que tenía que hacer unas viajatas muy largas, como diré en otro lugar. No lo necesitaba para comer, porque lo pedía de limosna a donde llegaba. No lo necesitaba tampoco para el vestido, porque Dios N. S. me conservaba la ropa y el calzado casi como a los hebreos en el desierto. Conocía claramente que era la voluntad de Dios que no tuviera dinero ni aceptara cosa alguna, sino la precisa comida para aquel momento, sin recibir jamás provisión alguna para llevar de una a otra parte.

149 Este desprendimiento conocí que les causaba a todos grande impresión, y, por lo mismo, me esforzaba yo a sostener el punto que había tomado. Para animarme recordaba la doctrina de Jesucristo, que meditaba continuamente; singularmente aquellas palabras que dicen: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos – Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sigueme. – Nadie puede ser discípulo de Jesús sin que renuncie a todas las cosas.*